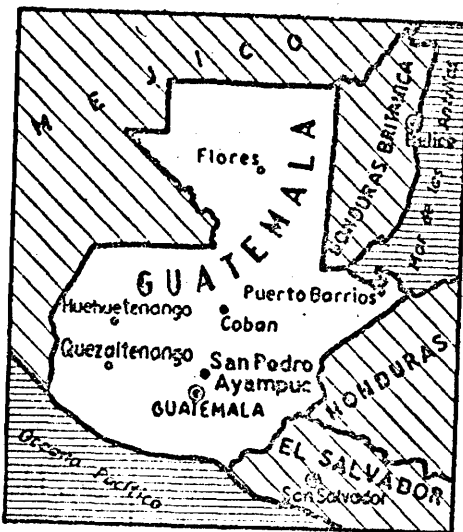


LA REIVINDICACION GUA- TEMALTECA DE BELICE

Un relato del ex presidente Ydígoras
Fuentes



Belice, en América, y Gibraltar, en Europa, son dominios coloniales de la Gran Bretaña. Con esto no descubrimos nada. Tampoco decimos nada nuevo si añadimos que estas «colonias» británicas reclaman su libertad desde que la perdieron, no desde hace unos pocos años, como ha afirmado un comentarista refiriéndose concretamente a Belice.

Cuéndonos al caso de este pedazo de tierra guatemalteca, en la llamada increíblemente a estas alturas «Honduras británicas», las demandas al Gobierno de Su Graciosa Majestad datan nada menos que del año 1783, al firmarse el Tratado de Versalles; en él no se reconoce a Inglaterra sobre Belice otra soberanía que «el usufructo para la corta de maderas». En 1786, y como ampliación a ese mismo Tratado, se concluye en Londres una convención donde se ratifica «el derecho de residencia de los súbditos ingleses», pero insistiéndose que «se limitará al corte de madera y poder aprovecharse de algún otro fruto o producción de la tierra en su estado puramente natural», dejando muy a salvo la soberanía, entonces española, pues «estas estipulaciones jamás habían de servir de pretexto para establecer en ese país ningún cultivo de azúcar, cacao ni fábrica alguna o manufactura» y «en ningún tiempo se ha de hacer allí la menor fortificación o defensa, ni establecer cuerpo alguno de tropa».

Al producirse la independencia de Centroamérica, Inglaterra se consideró dueña absoluta del territorio de Belice. Un elemental conocimiento del desarrollo de esa independencia, la posterior desmembración de la antigua Capitanía General centroamericana y luego de la Federación, permitieron a los ingleses operar a su antojo y conveniencia, exactamente a lo que hicieron con Argentina para apoderarse de Las Malvinas.

Sería harto prolijo e inadecuado para un artículo periodístico enumerar las veces que Guatemala tuvo que ceder y las mismas que protestó y reclamó la soberanía guatemalteca de Belice, pero metidos en nuestro tiempo, digamos que por muchas simpatías que pueda despertar a sus partidarios el ex presidente Arévalo, Kerenski en miniatura de la turbulenta Guatemala de los años 45 al 54, no responde a la verdad histórica señalar a este político como el primero que reivindicara para su país la recuperación de Belice si bien es cierto que renovó tales anhelos al quedar afirmados en la Constitución de 1945.

El gran paladín de la causa de «Belice guatemalteca» fue el ex presidente Ydígoras Fuentes, también campeón indiscutible, en la misma hora de hoy, de la unidad centroamericana. Precisamente fue el

general Miguel Ydígoras quien realizó el acto más atrevido, y si se quiere pintoresco, contra el imperialismo inglés. En escrito que recibimos hace muy pocos días, antes de producirse la alarma del «temido» ataque del Ejército de Guatemala a Belice, y de la que nos han informado ampliamente no sólo las agencias, sino los diarios londinenses, Ydígoras Fuentes nos recuerda:

«...de regreso de Tikal nos vimos obligados a hacer una escala en Faballón. Viendo tan cerca la amada Belice, se me ocurrió hacer acto de presencia en esa tierra nuestra y tomar posesión de ella «simbólicamente». Atravesamos el río Sibún en un Land Rover y alcanzamos la línea divisoria: una estaca de madera sostenía un cartel pintado sobre hojalata que decía: FRONTERA. No era un obstáculo infranqueable y alegremente entramos en Benque Viejo.

Es una población pequeña. Con el trazo y la vida original que dan los ingleses a sus colonias. La Policía es negra, las autoridades locales, generalmente, también negras. En Benque viven, desde hace muchísimos años, peteneros y familias libanesas enriquecidas con la goma de mascar y la caoba, pero lo más lucrativo, por encima de esas industrias y la pesca y la caza, es el contrabando.

Teniendo en cuenta que en este viaje me acompañaban los presidentes del Congreso Nacional y de la Corte Suprema de

Justicia, creí mi deber como presidente de la República recordar el artículo primero transitorio de la Constitución de Guatemala, de 2 de febrero de 1956 y que dice textualmente: «Guatemala declara que Belice es parte de su territorio y considera de interés nacional su efectiva incorporación al dominio de la nación. El organismo ejecutivo debe realizar todas las gestiones conducentes a dicho fin.» Nos disponíamos, pues, a dar un paso legítimo.

Seguido de mis acompañantes me dirigí a una oficina en la que aparecía otro rótulo: «Police», y al sargento negro que me recibió y cuyo nombre aún recuerdo, David Nelly Bain, le pedí que llamase a algunos de mis amigos residentes allí. El sargento se mostraba muy feliz y muy intrigado por saber quienes éramos. Como

nosotros hablábamos español, el pobre no entendía ni papa. Después de cambiar impresiones con mis compatriotas, ordené al sargento que llamara al señor gobernador y le diese cuenta de que el presidente de la República de Guatemala iba a tomar posesión del territorio, es decir, a recuperarlo. El pobre negro no tenía ni la menor idea de estos problemas históricos y se limitaba a contestarme: «Well, well.» Obediente realizó la llamada repitiendo mi mensaje que le dictaba en buen inglés. El señor gobernador sí supo la trascendencia del hecho. Debí dar un salto tremendo. Su voz llegaba a través del teléfono hasta a mí:

—Inmediatamente, inmediata m e n t e... Obligue usted a salir de ahí a esos señores...

Sonrei. Hice pública protesta del atropello que representaba ser expulsado de nuestro propio territorio. Más tarde se ratificó esta protesta por vía diplomática. Lamenté la falta de elegancia del señor gobernador, que no tuvo en esta ocasión la ficción británica de ofrecernos una taza de té, y salimos todos de Belice después de proveer un escándalo que tuvo buen eco en toda la Prensa del mundo.»

Conocimos la anécdota por el propio presidente cuando siendo jefe de Estado nos hablaba de Gibraltar.—Manuel DE HEREDIA.